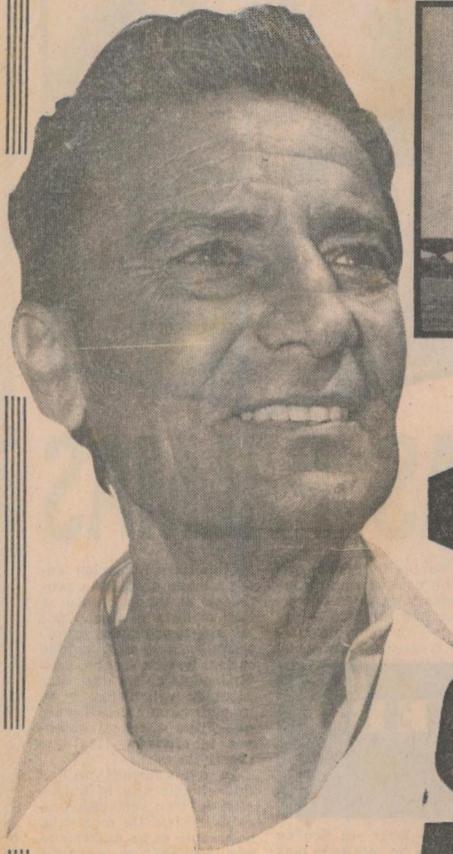


Charla con el profesor Miguel Oliver, subdirector del Instituto de Oceanografía de Palma de Mallorca



«NO SE MUERE EL MAR»

«Futuro: la posesión plena de sus recursos»

En un principio fue Alberto de Mónaco, abuelo del príncipe Raniero, quien se abocó a los temas del mar, sabe Dios si por mera curiosidad o por disolver problemas sentimentales. Después se instalaron los Institutos Oceanográficos de Palma y de Santander y, actualmente, el mar, desde un punto de vista científico y como solución vital del futuro interesa a las grandes potencias, a los investigadores y a la Humanidad entera. Hablo con uno de los pioneros mundiales de la Oceanografía, el biólogo Miguel Oliver Massuti. El tema del mar, ahora que los redactores agoreros empiezan a utilizar a Lorca y dicen aquello de que «también se muere el mar», cobra interés y presenta algunos aspectos curiosos.

—No soy pesimista —dice Miguel Oliver, subdirector del Instituto de Oceanografía— en lo que respecta a la vida del mar y me nos aún, en lo que respecta a la vida del hombre en el mar. Lo que empieza ahora, en forma lacustre, explotación del mar en las riberas, seguirá por las granjas marinas en el fondo de las bahías y continuará, mar adentro, como solución importante para la supervivencia del hombre sobre la tierra.

—¿Llegaremos a ser peces, con alguna operación quirúrgica?

—No del todo descabellada la idea. Lo que sí es cierto es que el fondo de nuestro organismo es esencialmente marino.

Miguel Oliver es un científico discutiador. Mantiene, como el personaje de Oscar Wilde, una aparente juventud enigmática. Creo, porque le conozco desde hace muchos años, que tiene en el cuerpo una juventud anterior al «fox-trot» y que, si bailó, bailó los mambos de Pérez Prado en plena madurez, pero aún le veo, hoy, aquí en la bahía de Palma, a la vera del nuevo Instituto Oceanográfico, con la misma pujanza polémica de hace años, con el mismo dinamismo biológico, rabo de lagartija y cerebro cavilador, armando el aire y de cara al mar, desde su cargo en Madrid. Es buen personaje:

—Teníamos el otro instituto en un buen solar. Aquel del paseo Marítimo. Lo vendimos. Nos dieron treinta millones redondos. Nos los hemos gastado íntegros en hacer este nuevo edificio, que será uno de los mejores laboratorios del mundo, y, además,

hemos comprado un barco de cien metros, para ir investigando por el mar.

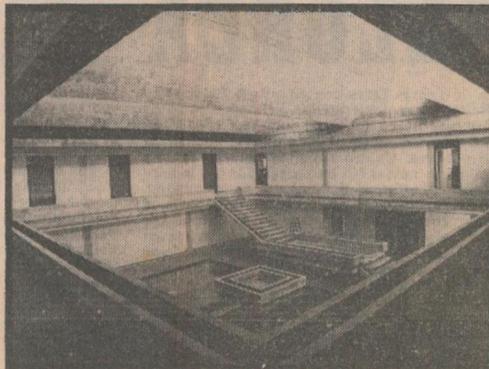
—No bastan treinta millones —advier—to para alzar este tinglado.

—Pertenece al Ministerio de Comercio, en la Subsecretaría de la Marina Mercante.

—¿Quién ha levantado este templo al mar?

—Un arquitecto que es genial. Estupendo. Se llama Vicente Roig. Cuando se en-

«Otros países tendrán más dinero para investigación, pero en veteranía y conocimiento estamos en cabeza desde siempre»



El nuevo Instituto Oceanográfico de Palma: un laboratorio moderno, austero, funcional.

frante, un día de estos, con el director Durán, valdrá la pena asistir al encuentro.

El nuevo instituto es un edificio original. No hay nada falso. Asoma el hormigón por todas partes, por fuera y por dentro. Tiene la recia austeridad de algo veraz. Las instalaciones son el último grito, en aparatos, en su luz, en su calidad. Miguel Oliver disfruta del nuevo laboratorio, como un viejo párroco con su iglesia nueva, recién estrenada.

—¿Te quedas aquí?

—No. Mi destino está en Madrid.

—¿Sois, realmente, pioneros de la Oceanografía?

—Sin discusión alguna. Otros países tendrán más dinero, pero, en veteranía y conocimiento, estamos en cabeza, desde siempre.

El fárrago entra en juego. Una explicación técnica de lo que es un laboratorio no es tema de encuentro, sino de artículo gordo. El mar está vivo, a dos pasos. ¿Qué se sabe del mar?

—Que no se muere, por mucha basura que le echemos.

—¿Qué estudiáis?

—Todo. Absolutamente todo. Presta atención a la geología marina, que ahora empieza a zumbiar con fuerza.

—¿Dónde muere el Mediterráneo, por ejemplo?

La pregunta hace sonrer a Oliver. Contesta:

—En Galicia. Pasa por debajo del Atlántico, zonas turbulentas de fricción, fuerte riesgo para la navegación submarina, y llega hasta las costas de Pontevedra, a dos mil metros de profundidad.

—¿Son buenos políticos los peces?

—En los peces, lo más singular, es su ambigüedad sexual. Los hay que empiezan muy machos y acaban rematadamente hembras.

—¿Cuál es el futuro, profesor?

—La posesión plena del mar, de sus recursos.

—¿Por qué se dice que muere el mar?

—Por puro ánimo de alamar y por secretos intereses económicos. Es la guerra de unos comerciantes contra otros.

—¿Es esta una opinión oficialista, oportuna y obligada?

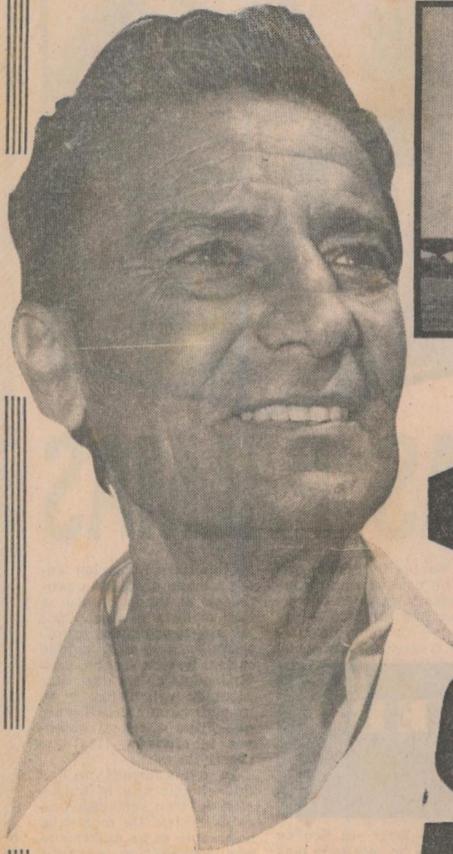
—No. Es una opinión que se funda, exclusivamente, en el conocimiento del mar.

—Entonces, ¿declara que no existen problemas de contaminación, de mortandad en la fauna marina, etcétera?

Neptuno alza el tridente y llama a Cibele, que se iba ya, ya, como la nena de la canción. «Buscando el sol en la playa». Oliver y yo llamamos todavía un buen párrafo, hablando de un libro que se llama «El principio del fin».

Juan PLA
(Enviado especial)
Fotos PASCUAL

Charla con el profesor Miguel Oliver, subdirector del Instituto de Oceanografía de Palma de Mallorca



«NO SE MUERE EL MAR»

«Futuro: la posesión plena de sus recursos»

En un principio fue Alberto de Mónaco, abuelo del príncipe Raniero, quien se abocó a los temas del mar, sabe Dios si por mera curiosidad o por disolver problemas sentimentales. Después se instalaron los Institutos Oceanográficos de Palma y de Santander y, actualmente, el mar, desde un punto de vista científico y como solución vital del futuro interesa a las grandes potencias, a los investigadores y a la Humanidad entera. Hablo con uno de los pioneros mundiales de la Oceanografía, el biólogo Miguel Oliver Massuti. El tema del mar, ahora que los redactores agoreros empiezan a utilizar a Lorca y dicen aquello de que «también se muere el mar», cobra interés y presenta algunos aspectos curiosos.

—No soy pesimista —dice Miguel Oliver, subdirector del Instituto de Oceanografía— en lo que respecta a la vida del mar y me nos aún, en lo que respecta a la vida del hombre en el mar. Lo que empieza ahora, en forma lacustre, explotación del mar en las riberas, seguirá por las granjas marinas en el fondo de las bahías y continuará, mar adentro, como solución importante para la supervivencia del hombre sobre la tierra.

—¿Llegaremos a ser peces, con alguna operación quirúrgica?

—No del todo descabellada la idea. Lo que sí es cierto es que el fondo de nuestro organismo es esencialmente marino.

Miguel Oliver es un científico discutiador. Mantiene, como el personaje de Oscar Wilde, una aparente juventud enigmática. Creo, porque le conozco desde hace muchos años, que tiene en el cuerpo una juventud anterior al «fox-trot» y que, si bailó, bailó los mambos de Pérez Prado en plena madurez, pero aún le veo, hoy, aquí en la bahía de Palma, a la vera del nuevo Instituto Oceanográfico, con la misma pujanza polémica de hace años, con el mismo dinamismo biológico, rabo de lagartija y cerebro cavilador, armando el aire y de cara al mar, desde su cargo en Madrid. Es buen personaje:

—Teníamos el otro instituto en un buen solar. Aquel del paseo Marítimo. Lo vendimos. Nos dieron treinta millones redondos. Nos los hemos gastado íntegros en hacer este nuevo edificio, que será uno de los mejores laboratorios del mundo, y, además,

hemos comprado un barco de cien metros, para ir investigando por el mar.

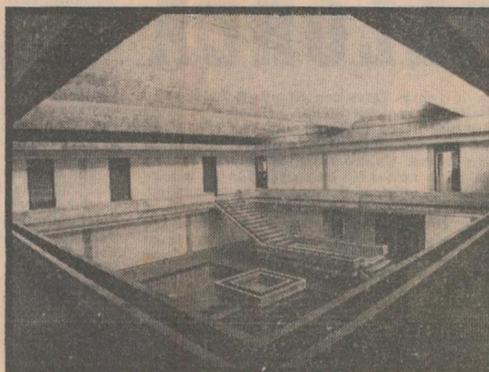
—No bastan treinta millones —advier—to para alzar este tinglado.

—Pertenece al Ministerio de Comercio, en la Subsecretaría de la Marina Mercante.

—¿Quién ha levantado este templo al mar?

—Un arquitecto que es genial. Estupendo. Se llama Vicente Roig. Cuando se en-

«Otros países tendrán más dinero para investigación, pero en veteranía y conocimiento estamos en cabeza desde siempre»



El nuevo Instituto Oceanográfico de Palma: un laboratorio moderno, austero, funcional.

frante, un día de estos, con el director Durán, valdrá la pena asistir al encuentro.

El nuevo instituto es un edificio original. No hay nada falso. Asoma el hormigón por todas partes, por fuera y por dentro. Tiene la recia austeridad de algo veraz. Las instalaciones son el último grito, en aparatos, en su luz, en su calidad. Miguel Oliver disfruta del nuevo laboratorio, como un viejo párroco con su iglesia nueva, recién estrenada.

—¿Te quedas aquí?

—No. Mi destino está en Madrid.

—¿Sois, realmente, pioneros de la Oceanografía?

—Sin discusión alguna. Otros países tendrán más dinero, pero, en veteranía y conocimiento, estamos en cabeza, desde siempre.

El fárrago entra en juego. Una explicación técnica de lo que es un laboratorio no es tema de encuentro, sino de artículo gordo. El mar está vivo, a dos pasos. ¿Qué se sabe del mar?

—Que no se muere, por mucha basura que le echemos.

—¿Qué estudiáis?

—Todo. Absolutamente todo. Presta atención a la geología marina, que ahora empieza a zumbiar con fuerza.

—¿Dónde muere el Mediterráneo, por ejemplo?

La pregunta hace sonrer a Oliver. Contesta:

—En Galicia. Pasa por debajo del Atlántico, zonas turbulentas de fricción, fuerte riesgo para la navegación submarina, y llega hasta las costas de Pontevedra, a dos mil metros de profundidad.

—¿Son buenos políticos los peces?

—En los peces, lo más singular, es su ambigüedad sexual. Los hay que empiezan muy machos y acaban rematadamente hembras.

—¿Cuál es el futuro, profesor?

—La posesión plena del mar, de sus recursos.

—¿Por qué se dice que muere el mar?

—Por puro ánimo de alamar y por secretos intereses económicos. Es la guerra de unos comerciantes contra otros.

—¿Es esta una opinión oficialista, oportuna y obligada?

—No. Es una opinión que se funda, exclusivamente, en el conocimiento del mar.

—Entonces, ¿declara que no existen problemas de contaminación, de mortandad en la fauna marina, etcétera?

Neptuno alza el tridente y llama a Cibele, que se iba ya, ya, como la nena de la canción. «Buscando el sol en la playa». Oliver y yo llamamos todavía un buen párrafo, hablando de un libro que se llama «El principio del fin».

Juan PLA
(Enviado especial)
Fotos PASCUAL